

ENSEÑANZA Y VIRTUALIDAD | 1

La cuarentena preventiva, a la que obligó el coronavirus, reconfiguró el ejercicio de la docencia. Si bien fue arduo el tránsito de la presencialidad a lo virtual, la voluntad de aprender en este inédito contexto pudo imponerse a los temores iniciales.

Pablo Bordoli

Es licenciado en Kinesiología y Fisiatría, y Profesor Universitario. Dirige la licenciatura en Kinesiología y Fisiatría de la UNAHUR, integra la comisión directiva de la Asociación de Directores de Kinesiología de la Argentina y preside la Academia Nacional de Kinesiología. Ejerce la docencia en varias universidades (UBA, Favaloro, Maza de Mendoza, UAI, UNRN, USAL). Publicó libros y trabajos científicos sobre su especialidad.

Era un 20 de marzo cuando me desperté temprano como siempre, para empezar a trabajar desde casa. Hacía calor, algunas nubes surcaban el cielo, empezaba el otoño, pero sólo se notaba en las hojas caídas de los árboles que poblaban las veredas: las personas ya no estábamos para pisarlas.

Las clases no habían comenzado todavía, faltaban diez días, ya teníamos casi todo previsto y organizado: había que reiniciar todo el sistema. Miles de estudiantes iban a quedar con incertidumbre, desconfianza y sin la posibilidad de continuar sus estudios. Había que pensar, pero sobre todo actuar, para poder mantener la llama viva de su derecho a la educación superior, además de otras actividades que día tras día fortalecen la unidad universidad-municipio.

Había que actuar rápido, decidir sin prisa. No es lo mismo ser el más rápido, que llegar primero. El derecho a estudiar, evitar que se pierda el día, el mes, el cuatrimestre. Por suerte, las aulas virtuales las teníamos desde que empezamos este sueño hecho realidad llamado UNAHUR. Lo que se avecinaba ahora era: la formación docente, la contención de los estudiantes, generar confianza y autonomía.





En medio de un paisaje de calles vacías, miedo e incertidumbre, se imponía la necesidad de enseñar, pero también dar respuestas como carrera de salud: ser un instrumento de transformación social y de acceso a la educación como derecho humano fundamental, desarrollar herramientas de investigación y participación comunitaria desde la articulación y el diálogo permanente, con miras a trabajar las problemáticas de la zona.

Más allá de poder haber tenido alguna iniciativa previa en virtualización, para la gran mayoría significaba algo nuevo y distinto, salir de la zona de confort. Un desafío hermoso que no habíamos pensado ni elegido. Y en la vida, a veces hay que ser un piloto de tormentas, un capitán de quince años como en la famosa novela del memorable Julio Verne. Había que aprender a izar las velas o arriarlas, y, en el momento preciso, enderezar el timón en aguas turbulentas para evitar el naufragio.

Había que seguir educando. Si bien el 70% de la población mundial utiliza un móvil o celular, eso no implica que conozcan o dominen todas sus aplicaciones y posibilidades. La comodidad es la clave, pero a la hora de elegir, la mayoría de los estudiantes manifiesta que prefieren el aula, lo presencial. Ahí está el mate, las miradas cómplices, las preguntas certeras, y el grupito del fondo, siempre.

En los seres humanos, el menor esfuerzo es la clave para la mayoría de los momentos de su vida, aunque incluso atente contra su propia salud. Y acá aparece un nuevo factor a considerar: quedarse en casa, no poder realizar la mayoría de las actividades que se venían realizando, un cuerpo que debía adecuarse a una nueva forma de vida. Entonces hay que estar, acompañar, no sólo con la formación sino también con la prevención.

El movimiento es esencial para el desarrollo humano, es una de nuestras funciones básicas. Hay que transmitir el movimiento desde lo virtual mientras transitamos

por la incertidumbre que es un miedo que paraliza, inmoviliza, frena. A través de la enseñanza virtual, el conocimiento se puede producir en cualquier momento y lugar. Siempre va a permanecer disponible para el estudio: 24 horas, 7 días a la semana. Pero moverse, no, es distinto, hay que tener tiempo, ganas, espacio, y sobre todo saber la importancia de no quedarse quieto todo el día frente a la computadora.

Lo primero fue convencer al plantel docente que la educación a través de una plataforma de enseñanza virtual es algo posible. Al mismo tiempo, y casi sin respirar, formarlos para que puedan llevarlo a cabo. Desde el liderazgo fue necesario transmitir que entiendan que no vale decir "la tecnología no es lo mío".

Al usar las herramientas de la enseñanza virtual, tal vez lo esencial sea que se entienda que hay que ganar la confianza de los estudiantes, y que también debemos confiar en sus posibilidades y ganas de desarrollar el aprendizaje centrado en ellos mismos. La inversión en la formación docente, por lo tanto, será importante a largo plazo.

Practicando se aprende, como todo, y en ese proceso es importante comprender las actividades y el uso de las herramientas: es la base para luego ampliar la cantidad recursos disponibles. Dejar actividades en el campus no es subir un archivo con preguntas, además hay que analizar que con la virtualidad cambian también los programas de las materias, y que la virtualidad no debe pensarse desde la presencialidad.

Le temo más a la resistencia al cambio y la nostalgia que nos empuja a desconfiar en exceso de lo nuevo, que a las consecuencias inesperadas de lo que viene. Hubo resistencia, principalmente de estudiantes por falta de conectividad, por falta de herramientas, y, sobre todo, por la falta de la presencia del docente ahí adelante, en el aula conocida y segura. Ahora tienen que aprender a valerse por sí mismos. Es como cuando decidiste irte a vivir solo, y te das cuenta que no sabes cocinar.

La virtualidad invita a imaginar, a ir más allá de lo concreto, de lo palpable, incluso a un mundo desconocido al que no le conocemos los límites. Todo esto nos lleva a asumir una responsabilidad, a responder las demandas de un mundo nuevo, diferente, a hacerse cargo de los propios conocimientos, de los avances, y de que el docente es una compañía y no un vertedero de conocimientos.

Como docentes pensábamos que sin nuestra presencia real, era imposible llegarles. Nos convertimos en necesarios, pero prescindibles, y de esa manera ayudamos a que el alumno se empodere en su aprendizaje. Es como perderse en medio de la noche, en un lugar desconocido. Y ahí surgen los pensamientos básicos de supervivencia primero, y de desarrollo y salida de la situación, después.

En medio de un paisaje de calles vacías, miedo e incertidumbre, se imponía la necesidad de enseñar, pero también dar respuestas como carrera de salud.

Y darnos cuenta que nuestra propia evolución, también sería la de los estudiantes. Empezar a ser solución y no problema.

Y así fuimos transitando estos meses, entre mejores y peores momentos, con actividades mal elegidas en ocasiones, y otras que rindieron más allá de lo esperado. Es hermosa la vida cuando queda tanto por aprender. Y llegamos al fin de la cursada. Muchos han logrado aprender bastante bien el manejo del campus y las actividades virtuales. Tomamos debida cuenta que la retroalimentación funciona como un compartir de saberes, pero también de momentos, dicho acercamiento se transformó en algo esencial. Del otro lado de la pantalla, pasaban muchas cosas: hubo que analizar la participación, el entorno, las posibilidades de mayor, menor o nula conectividad, y los resultados de las actividades propuestas.

Un cuatrimestre donde hubo que crear, repensar, coordinar, enseñar, estar, acompañar, suponer, incluir, coordinar, madrugar, trasnochar y tantas cosas más. Y dejar que los docentes empiecen a imaginar y desarrollar su propia aula virtual.

Muchos, sin querer, han experimentado algo genial que es la enseñanza centrada en el estudiante: con fallas, con dudas, con trabas, como siempre que hacemos y encaramos algo nuevo. Y esto no debemos perderlo. Cuando volvamos a la presencialidad, nuestra docencia ya no puede ni debe ser la misma. Ahora sabemos cómo armar actividades, estimular la curiosidad, fomentar la búsqueda y se va a sumar una herramienta poderosa: el aprendizaje grupal.

Nos dimos cuenta que es genial aprender cosas nuevas, y a la par de nuestros estudiantes.

Debemos estimularlos a que sientan que son capaces de tener autonomía, para que puedan desarrollar un pensamiento crítico. Es importante que se sientan contenidos, que nuestras explicaciones y dictados son solamente un complemento en relación a lo que ellos solos pueden elaborar.



Nosotros aprendimos también a confiar en la creatividad y curiosidad de estos pibes. Vamos a tener montones de dudas, ¿qué sería de la vida sin las dudas? Pero que la respuesta nunca sea volver atrás.

Hay estudiantes que logran aprovechar los recursos que ofrecemos para promover su aprendizaje, pero hay otros que no, que se pierden en el camino.

Se ofrecen muchas herramientas, no siempre se utilizan, y al ser muchos estudiantes es difícil lograr apuntalar y detectar a quienes no logran valerse de ellas para potenciar sus aprendizajes.

La mayoría de los estudiantes y los docentes, tenemos conexiones inestables de Internet, a consecuencia de ello, las conversaciones se entrecortan, y en las materias que son mayormente prácticas, se hace muy complejo transmitir ese conocimiento en la virtualidad.

Muchos docentes tienen problemas personales: los que son profesionales de la salud, trabajan en hospitales y sanatorios, cerca de casos de coronavirus, en medio de un caos de organización, preparación y nuevas prácticas. Hay otros que perdieron su trabajo, padecen de estrés por problemas económicos, por miedo al contagio o a lo que les pueda pasar a los seres queridos. Además están los problemas habituales de la vida cotidiana, sumado a que los niños no van a la escuela y se quedan en casa, y alguien debe quedarse con ellos. Hay que comprar alimentos, cubrir necesidades básicas. Algunos tienen sólo una computadora en la casa y son cuatro personas, todos la necesitan y deben organizarse para que todos cumplan con todo.

Esta pandemia nos sacó a todos de nuestra zona de confort. El cambio produce estrés positivo hasta que pueda transformarse en distrés.

Gracias de corazón por todo lo que dieron, por toda la energía que pusieron, por los intentos fallidos, por los logros. Seguimos adelante. ■